La duquesa de Etampes estaba muy lejos de querer imitar este exquisito sentimiento y todavía dudaba de su verdadero amor al rey, quien se sentía inclinado siempre á ella con viva pasión que ella mantenía y explotaba con el arte de la más hábil cortesana.

El amor de la bella Hilly como le llamó durante mucho tiempo el rey, venía á ser una refinada prostitución que servía no sólo á la fortuna de esta concubina, sino á la de toda su familia y de una turba de protegidos que ella recomendaba sin cesar á la benevolencia del rey.

La duquesa de Etampes no contrariaba en nada las fantasías de Francisco, que corría sus aventuras y volvía á la duquesa sin que esta le reprochase sus desvaneos y aparentando siempre que desconocía las infidelidades, por más que á veces afectaron á su salud.

La duquesa se puso en cura y sanó; el rey no sanó nunca completamente.

Nada era más sabido en la corte que las relaciones de la hermosa duquesa con el rey, pero aquella se imponía para ocultar las precauciones y obstáculos que hacían su amor más interesante. Así, cuando se encontraban en público el rey evitaba hacer todo cuanto pudiera haber denunciado familiaridad, no pasando de puras demostraciones de-galantería ceremoniosa; cuando visitaba á la duquesa tomaba toda suerte de precauciones para evitar que los cortesanos se enteraran. Iba á la casa de su amante por subterráneos y escaleras secretas, ó bien de noche disfrazado y seguido sólo por un capitán de sus guardias. ¡Desdichado del que entonces hubiera sorprendido al rey descubriendo su secreto!

La duquesa de Etampes no vivía ordinariamente en el palacio real, sino enfrente ó en las inmediaciones de él para poderse comunicar más libremente con su amante. Este la hizo donación de un palacio que tomó su nombre y estaba situado enfrente del de Tournelles, donde el rey moraba comunmente. De este modo podían tener frecuentes citas en el palacio de Etampes sin que nadie sospechara nada en el de Tournelles.

Para estar aun más libre en estas misterio-

sas entrevistas con su amada, hizo construir al extremo del malecón de los Agustinos cerca del puente de San Miguel, una casa que fué luego el palacio de Luynes.

La duquesa por su parte compró otra casa detrás de este palacio en la calle de l'Hirondelle y estas dos casas, independientes al parecer, no formaban más que una sola en realidad, facilitando las relaciones de los amantes.

Aquí era donde el rey iba á encerrarse por algunos días con pretexto de reposar de las fatigas del gobierno y ella acudía aquí también en secreto, mientras se la creía viajando ó cuando menos fuera de París.

La casa de la calle de l'Hirondelle puede ser considerada como el origen de las casitas que vinieron á ser tan comunes en París dos siglos más tarde.

En el reinado de Luís XIII, la construcción del Palacio del Cardenal, llevó á las rameras hacia el mercado de los Inocentes que tenían antes su campo de acción en la calle Froidusán, puente Saint Roch y calle Saint Honoré. Como pájaros asustados á los que un ruído inesperado hace alejar por el momento del lugar favorito, el ejército de mujeres alegres regresó nuevamente á sus antiguas posiciones, extendiéndose por las calles de Richelieu, Bons Enfants y Traversiere: siempre fué especial privilegio de los grandes palacios atraer lo más elevado y lo más ruín de la sociedad.

Mas hasta el año 1789, según mis datos, no fué consentido á las busconas entrar en las galerías del Palais-Royal, y entonces lo hacen suyo las rameras y establécense allí.

Recordamos, por haber alcanzado su tiempo, cuando el Palais-Royal era de exclusiva pertenencia de rameras que hacían los honores de aquella casa, donde tenían su parque y sus salones.

Durante el invierno, al calor humeante de las lámparas, recibían en las entarimadas galerías, y durante el estío, a la pálida luz de la luna paseaban bajo los tilos ó jugueteando en torno de la fuente, cual las ninfas que cita Virgilio, que se ocultan, más con

el deseo de ser mejor vistas, que corren y huyen con el propósito de dejarse alcanzar.

Presentaba en aquella época el Palais-Royal un singularísimo aspecto, del que es difícil formar idea. Entre doble fila de míseros barracones, algunos lujosamente decorados interiormente, mas todos pobrísimos y sucios por fuera, circulaban un centenar de criaturas, último figurín de los trajes, que fueron lujosos, postreros atavíos y tocados de la época del Imperio, con las cabezas adornadas abigarradamente de flores, plumas y diamantes falsos, exajeradamente escotadas, vistiendo de satín, sedas y terciopelo, con las mejillas pintadas igual que las cejas, y los labios recargados de carmín.

Paseando con aire de reinas de teatro abríanse paso entre la muchedumbre, como Jean Bast hacíase lugar entre ellas, apostro-fándolas con voz vinosa ó parando á los conocidos, mientras ellas halagaban con una palabra libertina al provinciano recién llegado, provocaban con lujuriosos gestos á otros obsequiando con una promesa de lascivia al empleado demasiado perezoso para quedarse en casa á trabajar ó al viajante de

comercio que acabada su diaria tarea pasease como un sultán en este bazar de carne humana, haciendo rechinar las botas y sonar el dinero en el bolsillo.

De cuando en cuando, dirigíanse á alguna de las galerías de piedra para asegurarse de si alguno había picado el anzuelo de sus eneantos artificiales. Cuando alguien las seguía, alejábanse rápidas, volviendo con frecuencia la cabeza para asegurar más la presa con la fascinación de la mirada. Después, la presa desaparecía con la buscona entre las obscuras alamedas en cuyo término ascendía una escalera obscura y tortuosa. Si el acecho era infructuoso, volvía la ramera á buen paso á sumirse entre la muchedumbre, prometiéndose ser más hábil y afortunada en su segundo intento.

Al dar las doce de la noche, desvanecíanse aquellos demonios de la lujuria como por magia de la varita de un encantador invisible; en un instante huían todas por las angostas puertas, por los caminos ocultos, por las calles obscuras. Con las rameras desaparecían todos los que por ellas habían ido a aquel sitio. Después, poco a poco, se iban cerrando las tiendas, el ruido se extinguía, las tinieblas recobraban su imperio. Entonces en las fachadas de ciertas casas se iluminaban mecheros de fuego, enseñas infernales, á cuya luz se veía entrar y salir hombres de rostros pálidos, mejillas hundidas y mirar febroso. Los hombres eran jugadores; las casas eran lupanares.

A la mañana siguiente, el Palais-Royal recobraba el aspecto general de los demás monumentos, y se veía transitar una población que en nada se diferenciaba de la que frecuentaba los otros sitios de la ciudad. Sin embargo, las mujeres honradas y en particular las madres de familia, no podían evitar una impresión de repugnancia cuando se veían obligadas á pasar por la Gomorra parisien; se las veía atravesar el jardín con paso rápido é inquieto, mirando á todas partes con invencible zozobra y no moderaban la marcha hasta que llegaban á la calle Vivienne ó á la plaza del Palais-Royal. Y cuando volvía la noche, no bien encendida la primera luz, el mismo mundo fantástico que el día antes se había desvanecido, reaparetia en el jardin y vomitado por la tierra,

como los impúdicos personajes de Roberto el Diablo, volvían la rameras á seguir alegremente—al menos en apariencia—su labor de perdición.

Había en aquella época hombres que habitaban en el Palais-Royal, que no se apartaban de dicho paraje, porque todo París estaba allí. En el Palais-Royal dormían, comían, jugaban, se vestían y allí amaban. Nada de cuanto podían apetecer faltaba en aquel sitio: habitaciones amuebladas, queridas, sastres, salones de lectura, paseos. Nosotros conocimos á uno de estos hombres, persona distinguida, hombre inteligente y respetable que estuvo siete años completos en el Palais-Royal y de donde no salió hasta que las rameras fueron definitivamente expulsadas.

¿Quién ordenó esta expulsión, cuando la prolongada posesión había dado á las busconas cierto derecho de propiedad? Este es uno de los más profundos misterios de policía, misterio invisible á los ojos del profano y sobre el cual se ha discutido mucho, sin sacar de la discusión ni un solo rayo de luza.

Lo cierto es que las busconas desaparecian

30077

THE RESERVATION OF THE VEST IN THE VEST IN

del Palais-Royal. Pero cosa extraña, parece que la proscripción hirió no sólo á una parte de la población sino á toda una raza. Refugiada en la calle Vivienne, en la plaza de la Bolsa, en la calle Richelieu, en la de Laffitte y en el bulevar de Gaud, la buscona reapareció bajo otra forma, con otro traje, y por decirlo así con otra vida.

Ya no se vieron los trajes de terciopelo cereza ni los vestidos de satín rosa ó de seda blanca que se habían paseado por las galerías del Palais-Royal. Además, la buscona, que hasta entonces había podido disponer libremente de sus dos manos, se vió forzada á destinar una para recoger la falda y la otra para sostener el chal. Verdad es que no lo perdía todo, pues si bien no enseñaba ya la garganta, ponía al descubierto las piernas. Así adquiría un falso aspecto de mujer honrada.

La policía prohibió entonces á las busconas que pasearan de dos en dos en atención á que esto hacía el engaño más factible.

En efecto, si no hubiera sido por las miradas provocativas, los estudiados movimientos de caderas y esa inquietud continua que la hace mirar atrás con más frecuencia que hacia adelante, la buscona, merced á su nuevo traje, podía aun engañar á algún provinciano recién llegado, que la tomaría por una condesa extraviada ó por una burguesa bien relacionada.

Esto no podía consentirse porque las leyes y la moral han puesto á la mujer pública fuera de la sociedad. La ramera es el paria de la civilización; es el apestado, sin derecho al refugio del lazareto.

Penetremos en el interior de esta vida escepcional, de esta existencia excéntrica, que su vergonzosa posición ha forzado á adoptar á la ramera.

Gracias á las rebuscas cuidadosas que hemos hecho, tal vez logremos decir algo curioso y desconocido.

Procedamos por orden: examinemos ante todo las causas que pueden determinar á una criatura, hecha á la imágen de Dios, como nos dice la Biblia, á abrazar este vergonzoso oficio y á apartar su mirada no sólo del Señor, sino de cuanto algo digno y honrado hay en el mundo.

Veamos el emples que la ramera hace del

tiempo en las horas que no se exhibe en público; conozcamos las alegrías, los placeres, los dolores de este oficio.

Cuando conozcamos esto, trataremos de explicar como en un día, esperado en una época fija, en una edad casi uniforme, la mujer pública desaparece en las profundidades de la sociedad, como los demonios que se abisman en el foso de un teatro.

Digamos también, que por excepción rarísima, algunas escapan á la proscripción general y se elevan teatralmente también, resplandecientes de oro y diamantes en una gloria de apoteósis.

Hay dos causas primeras que determinan á una joven honrada á hacerse prostituta.

Después otra tercera causa, causa extrafia, excepcional, de la que hablaremos también.

La primera de estas causas es la seducción.

La segunda la miseria.

La tercera el cariño.

Copiemos uno de los cuadros de la obra

de Parent-Duchatelet y de 5183 prostitutas obtendremos el promedio siguiente:

Criadas seducidas por sus amos Jóvenes embarazadas llegadas de pro- vincias para ocultar su deshonra en	289
Paris, donde no han encontrado los medios de vivir con que contaban. Jóvenes traídas á Paris y abandonadas por militares, viajantes de co-	280
mercio y estudiantes	404
Total	973
Es decir, 973 seducidas.	
Huérfanas ó arrojadas de sus casas Concubinas abandonadas por sus aman-	1255
tes, que las sostenían	1425
Miseria absoluta	1441
Total	4121
4121 prostituídas por la miseria. Por sostener á los padres viejos é inú-	
tiles para el trabajo	37

Muchachas huérfanas que se entregan

á la prostitución para sostener á

hermanos menores que están á su	
cuidado	29
Madres viudas abandonadas por sus	
familias	23
Total	89

Es decir, 89 por cariño.

Así Dios lo ha querido, sin duda para que no se pueda decir que había un lugar en la tierra donde no penetraba su mirada, donde brilla un reflejo de virtud, que rompe la amedrentadora obscuridad de esta cloaca inmunda.

Ya que hemos indicado las fuentes principales que alimentan la prostitución, pasemos de la parte al todo, y sigamos al ejército de rameras de guarnición en París, en la tienda de campaña donde se ocultan de día, en el campo de batalla donde por la tarde operan y en el burdel donde de noche se baten.

En este ejército permanente hay también continua recluta de muchachas que piden jurar la bandera: á estos *quintos* se les puede reconocer fácilmente por su aire ingenuo, sus gestos forzados, el acento provinciano;

pero poco á poco aleccionados por el sargento, bajo la influencia de la sala de policía, guiados por los compañeros, los soldados nuevos adquieren otros hábitos, se disciplinan, y hasta el más joven acaba por romper la marcha con el pie izquierdo, y caminar guardando el paso.

Cualquiera que sea la causa que ha hecho prostituta á la mujer, sea la seducción, la miseria ó el cariño, al cabo de cierto tiempo desaparecen los caracteres distintivos del motivo, y el observador más escrupuloso y clarividente se vería en grave aprieto para encontrar diferencias notables entre rameras que, antes de serlo, tuvieron muy distinta educación y llevaron diferente vida.

Ahora agrupemos á la mujer pública en tres clases:

La ramera de la Cité.

La ramera del Bulevar.

La ramera de casa pública.

Cada ama de estas tres clases tiene caracteres distintos. Bien entendido que estudiamos á la ramera por grandes grupos, y sin entrar en detalles que nos ocuparían mucho más espacio del que disponemos.

La ramera del bulevar debe ser colocada

La ramera de la Cité (1) pertenece á la última clase de las prostitutas; es la asociada de los ladrones que pueblan los contornos de la calle de Jerusalén. Es la querida y la cómplice natural del futuro presidiarío ó del licenciado de presidio. Hacen la misma vida, hablan el mismo argot, y no es raro que la ramera siga á su innoble compañero hasta la Audiencia, y que se siente con él en el banquillo de los acusados.

Los nombres con que entre sí se bautizan, dan una idea de su papel en la vida y de la sociedad que frecuentan; se apodan: la Mochuelo, la Tuerta, la Jorobada, la Borracha, y otros motes sacados de sus defectos físicos, y con más frecuencia aún de sus inclinaciones, de sus vicios ó de sus crímenes.

Las mencionamos en este estudio solamente de pasada, pues á decir verdad, nos ha faltado valor para descender, ni aún de pensamiento, á los antros donde estas mujeres ejercen, y para subir ni mentalmente á los tugurios donde estas desdichadas habitan. Generalmente es una mujer libre que no pertenece á nadie; habita en un hotel amueblado y no da cuenta de su conducta sino á la autoridad administrativa y á la administración sanitaria.

Después hablaremos de su verdadero amo. Se la distingue con el nombre de cartillera, documento oficial en el que consta el nombre con que se ha inscrito en el registro de higiene. En cada visita sanitaria que ha de pasar dos veces por semana, ha de presentar la cartilla para que se haga constar la fecha de la inspección médica.

Cuando emprende sus paseos crepusculares y nocturnos en busca de hombres, se dice que hace la carrera.

Esta clase es la burguesía de la prostitución. No tiene lenguaje especial, pues en argot se limita á ciertas palabras particulares que le sirven para distinguir á ciertos personajes. Para ella la policía es la rousse, los inspectores son los roussards.

Su amante es su amante, pero ella es su menesse.

en el segundo grupo de prostitutas. Generalmente es una mujer libre que no

ENCICLOPEDIA .--

⁽¹⁾ Cité, parte primitiva de Paris.

La mujer pública que está sobre ella en categoría, es la mujer de buen tono; la que está debajo es la pierreuse.

A esto se limita su argot.

Los nombres con que entre sí se distinguen son más delicados que los que se dan las rameras de la Cité.

Se apodan: la Roja, la Morena, Mont-Saint-Jean, Ratón, Bandera, la Pequeña, Louchon, Bouquet.

Cuando cae el día, salen de sus escondites, semejantes á las mariposas nocturnas que van á revolotear alrededor de las luces. A las once y media comienzan á retirarse; á las doce desaparecen por completo.

¿Qué ha hecho durante el día y qué va á hacer por la noche? Vamos á verlo.

Todas las busconas tienen un amante, que en el argot policíaco se llama sonteneur y à quien las mujeres del pueblo dan un nombre mucho más expresivo todavía.

¿Un amante á quien quieren, es extraño, verdad? y sin embargo así es. Lo primero que se ocurre preguntar es si estas mujeres tienen corazón para querer?

Ay! si, lo tienen. Y bien lo necesitan las

desdichadas, aunque sólo sea para sufrir resignadas todas las humillaciones de la sociedad, todos los sinsabores de la vida.

Hé aquí las dos causas que determinan á la prostituta á tomar un amante, es decir, á aceptar el amo de que hace un momento hablamos.

Es la primera, la más común, la más determinante, el deseo natural de no conservar algo de humano en el estado de degradación social en que la ramera ha caído á sus propios ojos; tener alguien que en la indiferencia general que la rodea le pruebe que se interesa por ella, aunque sea pegándola.

La segunda causa es que la corporación de sonteneurs no permite que una buscona esté sin amante.

En el primer caso la elección libre é independiente de la ramera determina su afecto; en el segundo caso es la necesidad.

Ocupémosnos de esta clase curiosa de individuos que son la desesperación de la policía, cuyo poder desafían.

Al lado de toda industria hay otra industria más baja, que al amparo de la primera, RIBLIOTECA UNIVERSITABLA vive.

"ALFERYSO REVES" 40. 1825 MONIERREY, Martin Así la ramera tiene como parásito de su industria, que tal vez la enriquecería, la industria del *chulo* que la arruina seguramente.

El ruffiano, como se dice en Italia, no es tipo abundante en Francia; en general son las mujeres las que usurpan sus respetables funciones. Tampoco existe el sonteneur al estilo de Gil Blas, de Guzmán de Alfarache y del Lazarillo de Tormes, que se oculta debajo de la cama, que se mete en un cofre, que se encierra en un armario para desvalijar al imprudente visitador. En nuestros días se puede subir á casa de una mujer con cartilla y dejar tranquilamente el dinero sobre la chimenea, el reloj sobre la mesa de noche en la seguridad de que se volverán á encontrar en el mismo sitio. El chulo moderno puede con gran exactitud ser llamado hombre entretenu. Vamos á hablar del entretenu, de la buscona libre; después veremos la diferencia que hay entre éste y el de la pupila de casa pública.

Los hombres entretenus forman una corporación como las que en otras épocas constituían los panaderos, los carniceros y los sastres. Se diferencian en que todas las leyes de esta corporación son verbales; como los reglamentos, sólo se conservan por tradición, como no hay nada que pruebe la asociación, los tribunales son impotentes para disolver y la policía ha de limitarse á vigilar.

Ya hemos dicho donde se recluta la prostitución; digamos ahora donde se recluta la corporación de los hombres *entretenus*.

El Wauxhall en otro tiempo, el Prado después y el bajo Montesquieu en la actualidad son los centros donde las busconas van, por regla general, á buscar á sus amantes.

Allí se encuentran á algún obrero albañil, ebanista, pintor de brocha que va á gastar, para proporcionarse un rato de placer, las economías de una semana; la buscona le solicita, le conquista y le lleva á su casa.

A la mañana siguiente el obrero, que tiene por costumbre levantarse á las cinco de la madrugada, no se despierta hasta las ocho: es demasiado tarde para presentarse en el taller.

Además la muchacha le retiene.

—Piensa—dice el obrero—que tengo que ir á ganar mi jornal de tres francos.

-Aquí tienes cinco.

Si el obrero acepta está perdido; porque en seguida verá que puede ganar diariamente, sin hacer nada, dos francos más que trabajando doce horas.

Pero no basta que un obrero sea elegido por una ramera para que entre á formar parte de la asociación de *entretenus*: es necesario además que sea recibido por la agrupación, de la que sólo pueden formar parte individuos dignos del cuerpo.

Todos saben á lo que en otro tiempo se llamaba probar un soldado: cuando este soldado entraba por primera vez en un cuartel, el espadachín de la compañía iba á buscarle querella, y si el recien llegado se acobardaba estaba perdido, pues todos sus compañeros le abofeteaban, le escupían en la cara y le maltrataban hasta que dejaba el regimiento.

Lo mismo ocurre con el hombre entretenu: tan pronto como una buscona ha elegido un amante, la asociación se preocupa de la entrada del neófito. Uno de los valientes aprovecha la primera ocasión que se presenta para buscar querella al novato.

No hay que decir que si la ocasión no se presenta, el provocador se da buena maña á inventar un pretexto.

El intruso, una vez insultado, ha de elegir entre estos dos extremos: ó rehusa el combate, y entonces es despreciado, por todos, su querida la primera, y renunciando á sus pretensiones vuelve á la vida que había abandonado, trabaja de nuevo y pierde de vista para siempre la esperanza que por un momento le había sonreido; ó acepta la lucha, y entonces se convienen las condiciones del combate, designando el sitio y la hora en que ha de librarse.

La hora suele ser la del crepúsculo; el lugar, una de las callejas de las inmediaciones de los cuarteles; el género de lucha la savate.

Puesto que hemos pronunciado esta palabra, detengámonos un instante, vale la pena.

La savate es, en la actualidad, un arte, como el can-can es una danza; una parte de la sociedad ha elevado estos dos artes á una altura á que no parecían aspirar. Mientras le savate fué una lucha popular, un duelo de ínfima clase, no hizo grandes progresos, porque se conservó puro y tradicional; pero la fusión de las clases ha hecho que se encuentren los grandes y los pequeños, el elegante y el perdulario; la ausencia del respeto que se tenía á los trajes de terciopelo y de seda ha dado origen al desprecio y al odio á los trajes de paño; en otras épocas, el hombre del pueblo veía en el gran señor un protector que le hacía vivir; hoy, el hombre más miserable, ve en el caballero un usurpador que le roba una parte de los bienes á que cree tener derecho.

Todas las mañanas se publican periódicos que, ignorando lo que era la ley agraria entre los romanos, preconizan las excelencias de la ley agraria.

Todos los días aparecen economistas que, llamándose sansimonianos, comunistas y falausterios, preconizan y predican el reparto de bienes y la abolición de las herencias, todas las noches salen hábiles ladrones que ponen en práctica la teoría.

Para todos los pobres, como ya hemos dicho, el rico es un enemigo; porque se quedan con los bienes, acaparan la dicha y obligan á los que están debajo á trabajar para asegurarse el pan cotidiano.

Por otra parte, por pobre que sea, y esto es justo, el hombre del pueblo es, ante la ley, igual al acaudalado; disfruta de los mismos derechos y puede reclamar de la autoridad idéntica protección.

Además, al mismo tiempo que el hombre del pueblo se esforzaba por subir, los caballeros ponían empeño en descender. De este doble deseo de salirse de su esfera ha resultado un terreno neutro, donde se han encontrado el perdido y el elegante.

Estos terrenos neutros fueron sucesivamente las reuniones de las Constille, los bailes de máscaras de Franconi, de la Puerta San Martín, de las Variedades, del Odeón, de la *Renaisance*, de *Musard* y en la actualidad de la Opera.

Designamos, como puede verse, los sitios principales, olvidando los secundarios.

Esta reunión del hombre del pueblo, casi siempre envidioso, con el rico, muchas veces insolente, dió lugar á riñas; no había modo de elevar al hombre del pueblo hasta el duelo á florete y á pistola, y el elegante tuvo que descender hasta la lucha á puntapiés y el combate á puñetazos.

Casi siempre vencía el hombre del pueblo, más acostumbrado que su adversario á esta clase de combate del que tenía hecho un estudio.

La inteligencia tiende incesantemente à vencer los obstáculos, sobre todo cuando les obstáculos tienen por causa la fuerza y el hábito; el elegante decidió establecer la igualdad por el estudio.

Desde aquel momento se hizo sentir la necesidad del maestro de *savate* en la sociedad, y el maestro no tarda en aparecer.

Ya existía la esgrima de bastón, pero con el bastón se puede matar, y la moralidad del gobierno constitucional no permite que se llegue á tanto; además no siempre se puede salir armado de un bastón de pelea, y además que germanicus se ve obligado, como todos saben, á dejar el bastón en la puerta de los teatros.

La savate fué, por consiguiente, á partir de este momento, una porción, si no esencial de la educación del señorito, una parte complementaria de sus diversiones.

Las tres cuartas partes de nuestros jóvenes elegantes, de los que en otras épocas se llamaron dandys y ahora se llaman *leones*, son los primeros *savatiers* del mundo.

Pero el arte de la savate se mantuvo al principio en las reglas conocidas, el profesor se atuvo á las tradiciones vulgares, y el señorito, después de un estudio más ó menos detenido de este arte, se encontró en esta materia al nivel del hombre del pueblo.

Esto ya era mucho para el señorito que había sido hasta entonces el perdidoso; pero no era suficiente estar en condiciones de hinchar un ojo, reventar una nariz ó destrozar una pierna, era preciso volver á casa con las tibias intactas, la nariz entera y los ojos sanos y salvos.

Para conseguir este resultado no bastaba con llegar á ser igual al hombre del pueblo, era menester aplastarle con indiscutible superioridad.

Los hombres nacen en harmonía con su época. Si las grandes épocas faltan algunas veces á los hombres, es muy raro que los hombres falten á las grandes épocas. Apareció un hombre de genio.

Este hombre fué Carlos Lacour.

Carlos Lacour comenzó por estudiar la savate y en poco tiempo de discípulo pasó á maestro, y entonces reconoció (sinceridad no común en los profesores) que el arte de la savate que había aprendido y enseñaba era un arte incompleto.

Día y noche soñaba en la forma de perfeccionar este arte.

Cuando más le preocupaba esta cuestión oyó hablar de la boxe.

Cuando yo formaba parte de la guardía nacional y mi sargento me había enseñado con gran trabajo, á hacer media vuelta á la derecha, se detenía jadeante, se enjugaba la frente con el pañuelo y me decía con voz lenta, acentuada y solemne, á fin de hacer más clara la explicación:

—Pues bien, señor *Dumosse*, media vuelta á la izquierda es exactamente i gual que media vuelta á la derecha, sino que es todo lo contrario.

Pues bien, para imitar á mi sargento, diré:

La boxe es exactamente lo mismo que la savate, sino que es todo lo contrario.

En efecto, el inglés en la boxe—la boxe es la savate de Inglaterra—ha perfeccionado el uso de los brazos y de los puños, y ha considerado las piernas y los pies como resortes destinados á aproximarse ó á alejarse del contrario.

En la savate, por el contrario, el parisien ha hecho de la pierna y del pie los agentes principales, no considerando las manos sino como armas detensivas.

Es decir que el inglés pierde todo el provecho que puede sacar de los pies, al paso que los franceses perdían toda la ayuda que le podían prestar las manos.

Carlos Lacour soñó con el supremo perfeccionamiento de la savate, haciendo de ésta y de la boxe un solo arte.

Fué à Inglaterra y sin darse à conocer tomó como un alumno cualquiera, lecciones de Swifh y de Adams, los dos mejores maestros de Londres.

Cuando el alumno se creyó maestro, regresó á París y puso su teoría en práctica.

De esta combinación nació la savate con-

UNIVERSIDAD DE NOEVO ES TORIA

O'BLIOTECA UNIVERSITORIA

"ALFONSO REYES"

"ALFONSO RETERREY, MEXICO

temporánea: ese arte terrible que pone al hombre que lo posee en condiciones de luchar, no sólo con otro hombre más fuerte que él, sino hasta con cuatro hombres más robustos.

A partir de este momento y gracias á la reunión de los pies y los puños, la victoria del señorito sobre el hombre del pueblo queda asegurada.

Ya ven nuestros lectores cómo hemos dicho con razón que la savate era un arte.

Ya que hemos probado nuestra afirmación, volvamos á nuestro relato del que esta digresión nos ha apartado, si bien sin salir de él.

Sí, como hemos dicho, el neófito acepta el desafío, los dos campeones acompañados de sus testigos se trasladan al sitio elegido y comienza la lucha.

Os respondo de que es cosa tan curiosa como un duelo.

Al principio los combatientes tratan de conocer las fuerzas de su rival acometiéndose con golpes de prueba; se dan golpes en las piernas dirigidos principalmente á las espinillas. Al cabo de un instante de esta lucha preparatoria, se atacan resueltamente.

Por fin, por hábiles que ambos combatientes sean, uno de ellos cae al suelo sofocado y molido. Entonces es lo más general que el que está en tierra se confiese vencido, mas no pide merced como los caballeros de la edad media—de ningún modo, el francés moderno tiene demasiado orgullo. El caído se limita á decir: ¡Basta! distinción sutil con la que parece dar á entender que el vencido pone fin a la lucha, no porque reconozca en su rival un vencedor, sino por que el juego le enoja y fastidia.

Si el... buscamos una palabra para no llamarle vencido, si el... derribado pronuncia la palabra sacramental, su adversario deja de golpear inmediatamente. El ¡Basta! es un talismán supremo, una palabra sagrada. Un savatier que después de oir el ¡Basta! golpeara á su rival, sería un hombre tan deshonrado como un duelista que después de haber desarmado á su contrario le atravesara con la espada.

Pero si al caer, el campeón no dice nada si á pesar de la posicion desventajosa en que